

En el otoño de 1991 un objetivo largamente deseado se hizo realidad. La Escuela Superior de Música recibía a sus profesores y alumnos para ensayar una nueva forma de enseñar música en España. Las horas de estudio, los viajes para conocer los mejores centros en todo el mundo, los seminarios con especialistas en pedagogía y gestión quedaban atrás. Había llegado el momento de la verdad con su enorme carga de responsabilidad. Sabíamos lo que queríamos y estábamos dispuestos a luchar para conseguirlo.

Los conciertos de fin de curso tienen siempre algo de triunfal. La labor conjunta de profesores y alumnos ha hecho posible una mejor preparación musical. Además, para una Escuela como ésta que inicia su andadura, representa una primera prueba de madurez. Ya somos algo más que un proyecto, podemos ofrecer resultados.

Con el fin de curso llega también el momento de la reflexión, de la autocrítica. ¿Hemos cubierto nuestros objetivos? ¿Ha valido la pena esta movilización de recursos y personas? Desde luego es mucho el camino que nos queda por recorrer. Una Escuela es el resultado de su propia experiencia y la nuestra, aunque intensa, es breve. Tenemos mucho trabajo por delante para desarrollar todo lo que en aquellos años de estudio perfilamos, pero lo fundamental creo que sí lo hemos conseguido. En muchas ocasiones hemos repetido que la Escuela nacía como complemento, no como alternativa, de la enseñanza oficial. Veníamos a colaborar ofertando aquello de lo que carecíamos; una formación de excelencia para preparar a los mejores. Un intérprete de este tipo requiere una enseñanza personalizada, con un maestro capaz y en un ambiente libre de más preocupaciones que aquellas que provienen del estudio. las cuatro cátedras de instrumento con las que comenzó este primer curso han tenido a su frente a indiscutibles